

Del autor del bestseller internacional *La prueba del cielo*

DOCTOR EBEN ALEXANDER
PTOLEMY TOMPKINS

El MAPA
del
CIELO



*Cómo la ciencia, la religión y la gente corriente
demuestran la existencia de la otra vida*

zenith

DOCTOR
EBEN ALEXANDER
con PTOLEMY TOMPKINS

El MAPA
del
CIELO

*Cómo la ciencia, la religión y la gente corriente
demuestran la existencia de la otra vida*

Zenith/Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Map of Heaven*

Primera edición: marzo de 2015

© Eben Alexander LLC, 2014

© de la traducción, Sandra Rodríguez, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-13835-8

Depósito legal: B. 2496 - 2015

Fotocomposición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
1. El regalo del conocimiento	39
2. El regalo del significado	55
3. El regalo de la visión	85
4. El regalo de la fuerza	105
5. El regalo de pertenecer	115
6. El regalo de la alegría	141
7. El regalo de la esperanza	163
<i>Agradecimientos</i>	191
<i>Apéndice. Las respuestas están en cada uno</i>	195
<i>Bibliografía</i>	207
<i>Índice onomástico</i>	221

EL REGALO DEL CONOCIMIENTO

Cada hombre nace como aristoteliano o platonista.¹

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE (1772-1834), poeta

Platón y Aristóteles son los dos padres del mundo occidental. Platón (*ca.* 428-348 a. C.) es el padre de la religión y la filosofía, y Aristóteles (384-322 a. C.) el de la ciencia. Platón fue maestro de Aristóteles, pero este acabó por estar en desacuerdo con mucho de lo que el filósofo decía. Específicamente, Aristóteles cuestionaba la aseveración de Platón de que existe un mundo espiritual más allá del terrenal: un mundo infinitamente más real, sobre el cual se basa todo lo que experimentamos en este mundo.

Platón hizo más que solo creer en ese mundo superior. Hizo introspección y pudo *sentir* que ese mundo estaba dentro de él. Platón era un místico y, al igual que incontables místicos antes y después de él, se daba cuenta de que su conciencia, su ser interno, esta-

1. *Charlas de sobremesa del fallecido Samuel Taylor Coleridge*, registro del 2 de julio de 1830 (1835).

ba íntimamente conectado con un mundo superior del espíritu. Para usar una analogía moderna, estaba conectado con él. El jugo del cielo fluía hacia adentro de él.

Aristóteles era diferente: no sentía esa conexión directa con el mundo espiritual viviente como su maestro. Para él, el mundo de Platón de las formas —las estructuras transterrenales, superfísicas con respecto a las cuales, según él, todos los objetos de nuestro mundo son simples reflejos tenues— era una fantasía. ¿Dónde estaba la evidencia de estas entidades mágicas y del mundo espiritual al que Platón decía que pertenecían? Para Aristóteles, al igual que para Platón, el mundo era un lugar profunda, maravillosamente inteligente. Pero la raíz de esa inteligencia y ese orden no residía en ningún gran más allá: estaba justo delante de nuestras narices.

Aunque estaban frecuentemente en desacuerdo, también había mucho en lo que Platón y Aristóteles concordaban. Uno de sus puntos más profundos de consenso era lo que uno podría llamar lo razonable del mundo: el hecho de que la vida puede ser entendida. Tras la palabra moderna «lógica» se halla la griega *logos*, un término que hoy conocemos en gran medida por medio del cristianismo —otro término para el ser de Cristo, como puso de manifiesto la Palabra de Dios—. En la época de Platón y Aristóteles, significaba la inteligencia viviente al actuar en el mundo físico y en la mente humana. Fue el *logos* lo que permitió que los humanos entendieran el orden del mundo, dado

que —en opinión tanto de Platón como de Aristóteles— podemos entender el mundo porque somos parte de él. La geometría, los números, la lógica, la retórica, la medicina... todas estas disciplinas y las otras que Platón y Aristóteles ayudaron a desarrollar son posibles porque los seres humanos están contruidos para comprender el mundo en que viven.

Lo que llamamos aprendizaje solo es un proceso de remem-branza.

PLATÓN

Aristóteles fue el primer gran creador de un mapa del orden terrenal. Sus escritos políticos celebran la idea de que los seres humanos no necesitan inspiración transterrenal para descubrir la mejor manera de vivir y gobernar: lo podemos hacer por nosotros mismos. Las respuestas ante las grandes preguntas, y también ante las más pequeñas, están sobre la Tierra, a la espera de ser descubiertas.

Platón opinaba algo diferente. Entre sus muchas distinciones, Platón es el padre de la narrativa occidental de experiencias cercanas a la muerte. En *La república*, cuenta la historia de un soldado armenio llamado Er. Herido en la batalla y erróneamente dado por muerto, fue colocado sobre una pira funeraria y revive justo antes de que sea prendida. Habló entonces de su viaje a un reino más allá de la Tierra, un lugar hermoso donde las almas eran juzgadas por lo

bueno y lo malo que hubieran hecho mientras estuvieron en ella.

Era una historia que a Platón le parecía profundamente significativa. Creía que venimos a la Tierra desde ese lugar superior, el lugar que Er visitó durante su experiencia cercana a la muerte, y que si buscamos muy dentro de nosotros, podemos recuperar recuerdos de nuestra existencia en él. Si creemos y nos basamos en ellos, estos recuerdos pueden crear una orientación sólida. Nos pueden mantener anclados, mientras estemos aquí en la Tierra, a la tierra celestial de la que procedemos. Por utilizar una maravillosa palabra griega, necesitamos realizar un acto de *anamnesis*, que se traduce como «remembranza». La clave para entender este mundo y vivir bien mientras estemos aquí en la Tierra es recordar ese lugar superior, del más allá, de donde procedemos.

Platón vivió en una época en la que se pensaba que la Tierra era un disco plano en cuyo centro se hallaba Grecia, y que los cielos giraban a su alrededor de manera ordenada. Hoy vivimos en un universo con una amplitud de 93.000 millones de años luz, 13,7 mil millones de años de antigüedad, en un planeta que gira en torno al Sol, una estrella de tipo «G2» que mide 1.400.000 kilómetros de diámetro, en una galaxia espiral restringida que contiene unos 300.000 millones de estrellas más; un planeta que tiene unos 4,54 mil millones de años de antigüedad, sobre el que la vida apareció hace 3,8 mil millones de años y al que las primeras criaturas aproximada-

mente homínidas llegaron hace alrededor de 1 millón de años.

Sabemos mucho, mucho más acerca del universo que Platón o Aristóteles. Sin embargo, desde otra perspectiva, sabemos mucho menos.

Una de las historias más famosas sobre Platón tiene que ver con un grupo de personas en una cueva oscura. Las personas están encadenadas de manera tal que solo pueden ver la pared que tienen enfrente. Detrás de ellas hay un muro con un pasillo y una hoguera. Sus captores recorren ese muro portando diferentes objetos cuyas sombras, gracias a la acción del fuego, se proyectan en la pared.

Estas sombras parpadeantes constituyen el mundo entero de esos prisioneros. Incluso si fueran desencadenados y se les permitiera salir hacia la verdadera luz del día, la luz los cegaría de modo tal, da a entender Platón, que no sabrían cómo interpretar lo que vieron.

Está bastante claro de quién está hablando Platón en realidad con esta historia compleja pero sorprendente: de nosotros.

Cualquiera que haya leído a Platón o Aristóteles sabe que sus argumentos distan mucho de ser sencillos y hacer una simple dicotomía entre unos y otros es injusto para su sutileza y complejidad. Aun así, la diferencia del pensamiento de estos dos filósofos es muy real y ha tenido un efecto profundo sobre nosotros. Sus ideas tienen un efecto directo sobre cómo experimentamos usted y yo el mundo cada día. Platón y

Aristóteles nos han convertido en quienes somos. Si usted vive en el mundo moderno, asimiló sus lecciones mucho antes de tener edad suficiente para darse cuenta de que lo estaba haciendo. El hecho es que todos somos metafísicos: hasta la persona con los pies más firmemente anclados en la Tierra y que se considere la menos metafísica del mundo cuenta con un conjunto amplio de suposiciones metafísicas respecto al mundo que actúan a cada segundo. Nuestra elección no estriba en interesarnos o no por las preguntas filosóficas, sino en cobrar conciencia o no del hecho de que, como seres humanos, no podemos evitar sentir dicho interés.

Para entender el mundo del que provenían Platón y Aristóteles —y, por tanto, el mundo en el que vivimos hoy— necesitamos saber un poco más acerca de las religiones del misterio, que desempeñaron un enorme papel en el antiguo Mediterráneo durante mil años antes de que aparecieran Platón, Aristóteles y los otros creadores del pensamiento moderno. Platón era un iniciado en al menos una de estas religiones, y lo que aprendió en ellas repercutió en todo lo que escribió. La afiliación de Aristóteles es más dudosa, pero también estuvo profundamente influido por ellas, como lo demuestran muchos de sus escritos, especialmente sus obras dramáticas.

Existe una gran controversia en torno a en qué medida influyeron estas religiones paganas en las actitudes de Jesús y de los primeros cristianos. Las religiones paganas y el cristianismo comparten el rito del

bautismo y también el concepto de un dios (o diosa) que muere y vuelve a la vida, y al hacerlo redime el mundo. Estas religiones, al igual que el cristianismo, pusieron gran énfasis en la iniciación: la transformación de sus miembros como seres de la Tierra en seres de la Tierra y del cielo estrellado.

Estos tipos de ritos existieron en el pasado por doquier, no solo en Grecia. Fueron parte central de lo que significaba ser humano. Por lo general se celebraban alrededor de la adolescencia cuando hombres y mujeres alcanzaban la madurez física y, después, cuando un individuo entraba a formar parte del gremio de la profesión u oficio que desempeñaría a lo largo de su vida y que en buena parte la definiría. Todos ellos tenían un objetivo principal: volver a despertar nuestra memoria espiritual de quiénes y qué somos, de dónde venimos y para dónde vamos.

En las religiones del misterio, como en la mayoría de las iniciaciones antiguas, la persona que estaba siendo iniciada fallecía como la persona terrenal que hubiera sido hasta entonces, y renacía como una persona nueva y espiritual. No en un sentido vago y teórico, sino de verdad. El concepto central de los misterios, como en el caso de la mayoría de las prácticas de iniciación antiguas, era que los humanos tenemos una herencia doble: una terrenal y una celestial. Conocer solo nuestra herencia terrenal es conocer solo la mitad de nosotros. Las iniciaciones del misterio permitían que la gente recuperara el conocimiento directo de lo que podríamos llamar su linaje «celestial». En cierto

sentido, el iniciado realmente no se convertía en algo nuevo, sino que le recordaban, de manera poderosa e inmediata, quién o qué era lo que había sido antes de llegar a la Tierra, qué era lo que realmente había sido desde siempre.

Los misterios eleusinos, llamados así en honor de la ciudad griega de Eleusis donde se llevaban a cabo, fueron los más renombrados de esos ritos. Estaban basados en el mito de Perséfone, una joven que fue secuestrada por Hades, el dios del inframundo, a través de una grieta en la Tierra. La madre de Perséfone, Demeter, tenía el corazón tan roto por haberla perdido que finalmente hizo un trato con Hades para que su hija pasara la mitad del año en el inframundo y la otra mitad del año sobre la superficie de la Tierra. Así, cuando Perséfone está en el inframundo con Hades es invierno. En consecuencia, la vida de los ríos y los campos desaparece junto a ella en otoño, para volver a aparecer como una explosión en primavera en forma de una nueva vida de plantas y animales.

Perséfone se relaciona con una diosa mucho más antigua llamada Inanna, venerada por los sumerios, un pueblo que vivió varios miles de años antes que los griegos, en el Creciente Fértil, el área donde luego surgirían los israelitas. Inanna era la reina del cielo y en torno a ella se creó un mito que hablaba de su descenso a la tierra de los muertos. El mito nos cuenta antes de partir a ese tenebroso mundo se puso siete prendas que simbolizaban su condición real. Hubo de pasar por siete niveles del inframundo, y en cada uno de

ellos se retiró una de las prendas hasta que, cuando llegó ante el Señor de la Muerte —quien, además resultó ser su hermana— estaba completamente desnuda. Inanna fue asesinada y colgada a la pared con un gancho durante siete días, que se corresponden a los siete niveles del inframundo. Finalmente, gracias en parte a la labor de sus hermanos en la Tierra, Ianna revivió y regresó a la Tierra llevando consigo los poderes que le fueron conferidos durante su estancia en el inframundo.

Aunque se crearon parcialmente en torno a estos mitos antiguos, los misterios cuentan una historia con un final distinto. De manera bastante difícil de creer, dado que duraron más de mil años, todavía no sabemos exactamente qué pasó en los misterios. Sí sabemos que podían ser intensamente dramáticos y que a veces culminaban cuando al iniciado se le mostraba un objeto: a veces algo tan mundano como una espiga de trigo. El iniciado recibía preparación para este momento por medio de un preámbulo dramático, lento y constante que podría incluir música rítmica, baile y, durante las últimas partes del rito, ser trasladado con los ojos vendados hasta un santuario interno donde se le revelaban los máximos secretos. Gracias a esta preparación cuidadosamente orquestada, esta visión climática no solo tenía un profundo significado simbólico para el iniciado, sino también un significado psíquico y emocional real. El iniciado veía el objeto simbólico como algo más que un simple objeto terrenal: lo consideraba una verdadera ventana viviente

hacia el mundo del más allá. Si se le mostraba, por ejemplo, una espiga de trigo él la consideraba no solo un símbolo del hecho de que las cosechas se mueren y renacen cada año, sino una demostración real de una verdad incuestionable recogida en todos los misterios: la muerte es seguida por el renacimiento. Al contemplar la espiga con una gran expectación, el iniciado la veía como un emblema deslumbrante que confirmaba el hecho de que él también, con la iniciación, había sido instruido para adentrarse en la vida eterna. No nos morimos en el momento de la muerte.

Se decía que una persona que hubiera sido iniciada en los misterios era como un recién nacido, por lo que los iniciados eran descritos con frecuencia como «nacidos dos veces». Habían visto una realidad que era *más real* que la realidad en la Tierra, y eso creaba en ellos una certeza inquebrantable de que la vida humana continuaba más allá de la muerte. Dicha certeza era tan profunda que a partir de ese momento, independientemente de las alegrías o tristezas que les deportara la vida, había una parte del iniciado que simplemente *nunca* estaba triste. No podía estarlo, porque había recuperado a través de una experiencia directa el conocimiento de quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. De ahí en adelante, el iniciado era un ciudadano doble: uno que incluso estando todavía en este mundo ya tenía un pie en el glorioso más allá lleno de luz.

Quizá usted esté empezando a encontrar un indicio de la otra razón por la que estoy mencionando esas an-

tiguas ideas en este libro. Si usted leyó *La prueba del cielo*, probablemente ya captó ecos de mi historia en los mitos que acabo de relatar. ¿Por qué las similitudes? ¿Qué significan? Creo que estamos anhelando las verdades que los misterios y otras tradiciones de iniciación le enseñaron a la gente en el mundo antiguo y que el cristianismo, quizá más especialmente en sus inicios, también enseñó (un hecho que creo que tanto los cristianos como los no cristianos pueden valorar, porque estas verdades trascienden todos los dogmas y las diferencias que tanto dividen al mundo en la actualidad). Creo que el cielo nos hace humanos, que sin el conocimiento de que es de él de donde venimos y hacia donde vamos —que es nuestro verdadero país— la vida no tiene sentido. Y creo que las experiencias que tantas personas han compartido conmigo son recordatorios de que necesitamos conocer esas verdades exactamente en la misma medida hoy que en el pasado.

Estimado doctor Alexander:

[...] Me perturba concretamente el «período de lombriz de tierra», me parece aterrador. No puedo dejar de preguntarme por qué usted lo experimentó y si ha encontrado a otros que también lo hayan hecho. No consigo integrarlo a mi «visión del mundo». Espero que usted lo aborde en una publicación futura.

He decidido formarme para trabajar como voluntario en un hospicio para, además de quizá proporcionar un poco de consuelo a personas que estén muriéndose, poder aprender más acerca de lo que podríamos llamar ese horizonte de sucesos.

Muerte: es la aventura más grande. Es sorprendente que en la civilización occidental la neguemos en el grado en que lo hacemos. Tal vez esa negación explique en buena medida nuestra disfunción como sociedad.

Los griegos antiguos amaban la vida. Tanto la *Iliada* como la *Odisea* vibran con las alegrías y los dolores de la existencia física. Pero los griegos de la época de Homero, que vivió unos quinientos años antes que Platón y Aristóteles, no creían en el cielo. Cuando reflexionaban en la vida después de la vida, pensaban en un mundo espectral de fantasmas: un lugar mucho peor y mucho menor que este mundo. Es mejor ser un esclavo en este mundo, dice el personaje de Aquiles en la *Odisea* de Homero, que un rey en el más allá.

Muchos pueblos antiguos concibieron así la vida después de la vida, hasta tal punto que un gran número de ritos como los misterios evolucionaron como respuesta ante este temor humano universal a que el más allá fuera triste y nebuloso. La muerte siempre ha sido aterradora, y los pueblos antiguos lo sabían incluso mejor que la mayoría de nosotros en la actualidad, ya que cada día veían la muerte de cerca. Las tradiciones de los misterios son un buen ejemplo de cómo muchos pueblos alrededor del mundo han abordado la muerte. En ese entonces era posible temerla, se podía clamar contra ella o aceptarla con júbilo, pero nunca ignorarla.

«Feliz es quien ha visto esto», dice un texto de los misterios respecto al iniciado que ha visto a través de

los terrores de la muerte para mirar las maravillas que aguardan más allá. «Quien no haya participado en la iniciación no correrá la misma suerte tras la muerte en la sombría oscuridad.»² Ese reino gris y triste guarda más que una simple similitud con donde yo empecé mi travesía: con ese «lugar» elemental, como de lodo, que llamo el «reino de la perspectiva del gusano» en *La prueba del cielo*. No siempre es fácil transitar por los muchos reinos que existen más allá del cuerpo. El «reino de la perspectiva del gusano», como yo lo experimenté, no era un lugar de castigo, un lugar que provocara miedo: no era un sitio al que mandaban a uno por no portarse adecuadamente. Sin embargo, ahora he descubierto que guarda gran semejanza con las zonas con luz tenue, pantanosas y más bajas de la vida después de la vida como la describieron muchas sociedades antiguas.

El reino del alma es como un océano. Es vasto. Cuando el cuerpo físico y el cerebro —que actúan como amortiguadores en este mundo cuando estamos vivos— se retiran, corremos el riesgo de caer en los reinos más bajos del mundo espiritual: reinos que corresponden directamente a las partes más bajas de nuestra psique y que, como tales, son extremadamente turbias. Creo que esto es de lo que hablaban los antiguos cuando sacaban a colación los reinos de la vida después de la vida que eran tristes, oscuros y misera-

2. De los «Himnos homéricos»: <http://www.sacred-texts-com/cla/gpr/gpr07.htm>

bles. Y esta es la razón por la cual la iniciación era tan importante, tanto en Grecia como en tantas otras culturas antiguas. Por medio de iniciaciones, se le recordaba a la gente sus verdaderas identidades como seres cósmicos cuya estructura interna reflejaba directamente la estructura de los mundos espirituales que le aguardaban cuando muriera. La idea de que el alma humana estaba modelada en virtud de esos mundos espirituales significaba que al seguir el mandato griego antiguo de «conócete a ti mismo», uno también aprendía a conocer el cosmos que nos permitió nacer. Las iniciaciones con frecuencia tenían partes aterradoras porque el mundo espiritual tiene sus áreas oscuras, al igual que la psique humana. Sin embargo, estos ritos parecen haber sido en su mayoría profundamente reafirmantes. Los iniciados sabían que los ritos que habían experimentado los habían preparado tanto para soportar las cargas de la vida terrenal como para hallar su camino de regreso a casa en las regiones más elevadas del mundo cuando volvieran a entrar a él cuando murieran. Esas eran las *realidades* de esos pueblos antiguos. Lo que decían respecto de ellas se basaba, al menos parcialmente, en la experiencia, por lo que sus escritos sobre estos temas pueden ser emocionantes y, para algunas personas, aterradores.

Pero no hay necesidad de temer. Una vez liberados del sistema de amortiguamiento que proporcionan nuestros cerebros físicos y cuerpos, llegaremos hasta donde pertenecemos. Incluso si no somos perfectos (y yo sé un poco al respecto, porque decididamente no lo

soy) llegaremos hasta ese reino de luz y amor y aceptación. No tiene que ver con ser un santo ni con ser perfectos (lo cual, a un profundo nivel espiritual, ya somos). Pero *sí* tiene que ver, creo, con estar abiertos. Lo suficientemente abiertos como para permitir que nos arranquen de los reinos de la oscuridad en el más allá, que corresponden al mar de nuestras propias regiones más tenebrosas y débiles, y nos lleven hasta esas regiones de luz a las que todos tenemos capacidad de entrar si queremos.

Fui rescatado, creo, porque una vez fuera de mi cuerpo físico estuve lo suficientemente abierto como para estar listo para decir que sí a la melodía giratoria y a la luz que provenía de ella cuando bajó y abrió el portal hacia los reinos más elevados. Ofreció ser mi guía, y no tardé mucho en decir sin palabras que sí a su invitación a seguirla hacia arriba, hasta el mundo de la luz. Esta parte de mí reaccionó con alegría, alivio y reconocimiento cuando, con sus filamentos radiantes de oro, bajó para «recogerme». Pero hay personas que no están abiertas ante esa bondad, cuando viene por ellos. Cuando esa luz desciende, nada en ellos le dice que sí. Así que se quedan donde están —en la oscuridad— hasta que están listos para que los saquen de ella. Saber esto por adelantado es inestimable y por esta razón, para los antiguos, el conocimiento de la existencia de los mundos del más allá y de cómo era su aspecto constituía uno de los regalos más grandes del cielo.